



● *La vocación de ser médico*

Carlos Martínez Casanovas

Muchas veces he oído decir que la profesión de médico es muy vocacional, "que hay que valer para esto", "yo no podría"... y aunque he estado de acuerdo siempre, la verdad es que con el paso de los años me reafirmo en esta idea.

Antes de continuar vamos a definir qué es la vocación. Según el diccionario es la inclinación natural de una persona por un arte, una profesión o un determinado género de vida; como iremos viendo el ser médico engloba estos tres aspectos de la definición.

Hagamos un poco de repaso a la biografía de un médico, en este caso la mía, pero veréis cómo se puede aplicar a cualquier galeno. Nos situamos en el instituto (qué lejana queda ya esa época); después de haber superado el B.U.P. y el C.O.U. con más o menos gloria llegaba la temida selectividad, que, por mucha ilusión que tuvieras o mucha vocación por una carrera u otra, ella no entendía de esto, y se erigía como una auténtica juez que dictaminaba con unos simples números cuál iba a ser tu futuro profesional. En mi época los *números clausus* en medicina eran bastante asequibles, y con un expediente académico normal podías acceder a la carrera médica; pero desde entonces han ido subiendo y ahora sólo pueden acceder los mejores estudiantes: ¿cuántos futuros médicos vocacionales se habrán quedado en el camino por no tener expedientes sobresalientes?

Pues bien, llegamos al primer momento en el que la vocación juega un papel importante: ¡6 años de carrera!, más luego el MIR, que entonces quedaba lejano pero ya infundía temor con sólo pensarlo. Conozco gente a la que no le hubiera importado estudiar medicina si no fuera tan larga. ¿Falta de vocación o más bien pragmatismo, o sentido común?...

Superada ya la primera etapa, todos los que llegamos el primer día a clase, unos 300 aproximadamente, queremos ser médicos por vocación, y ahí estamos dispuestos a todo. Además, en la bienvenida nos recuerdan que el que

haya escogido esta profesión que no piense en hacerse rico (ahora es el momento en el que nos levantamos y huimos...), que hay que estar toda la vida estudiando y que un médico lo es las 24 horas; pero, eso sí, el que resiste a todo se siente una persona realizada y feliz.

Los que después de todo esto nos mantenemos firmes comenzamos a estudiar medicina. ¿Medicina? Unos listados interminables de huesos, músculos, ligamentos, conexiones neuronales, el apasionante mundo de la vida celular vista a través de un microscopio, fórmulas estadísticas, etc. Pero y las enfermedades, ¿cuándo se estudian? ¿Cuándo veré enfermos en el hospital? ¿Qué tengo que tomar para la tos? ¿Y si tengo un dolor en la espalda? Éstas y otras preguntas nos hacemos todos en los dos primeros años, pero llega ya el tercero y comenzamos a ver enfermedades ¡qué ilusión, y al hospital! Y vas al hospital y te encuentras con que nadie te hace caso, allí todo el mundo va acelerado, como para preocuparse por el estudiante de turno que parece que llega sólo para molestar; y te dejan solo con un paciente con la misión de que le hagas una historia clínica y así vas aprendiendo a comunicarte con los enfermos.

Y seguimos avanzando, y cada vez aparecen más patologías a cuál más rara, que por cierto, son las que "más caen" en los exámenes, y que luego nunca ves en tu desarrollo profesional. Vas pasando más tiempo en el hospital y te vas dando cuenta de que sí, que sabemos mucha teoría, pero que explorar o hablar con el enfermo más bien poco.

El último año ya sólo piensas en salir de allí, y comenzar a trabajar; pero nada más lejos de la realidad, porque todavía queda la prueba final, otra selectividad, de nuevo otro juez que puede hacer que si tu vocación (de nuevo presente) es la cardiología acabes operando cataratas. Porque hay gente que renuncia a una especialidad por otra que sabe que al terminar tendrá más fácil encontrar trabajo.



El MIR es esa especie de oposición (¿hay alguna otra oposición que si la apruebas no consigas un trabajo para toda la vida?) que determina tu acceso a una u otra especialidad, que llega cuando más cansado de estudiar estás, y que al menos supone un año entero dedicado exclusivamente a él, para que en un día, en un examen, te juegues buena parte de tu futuro, o más bien todo.

Superada ya esta etapa se abre ya el mundo laboral de un médico; si hacemos cuentas, lleva por lo menos 7 años en el mejor de los casos preparándose, en los cuales has ido viendo cómo tus amigos llevan varios años trabajando porque sus carreras son más cortas o porque comenzaron a trabajar nada más terminar el instituto, y algunos hasta se han casado y tienen algún hijo. Pero no pasa nada, te repites, yo estoy aquí porque me gusta, porque amo esta profesión, porque siento vocación por ella.

Es entonces cuando te llevas otro revés, porque llegas a tu servicio, comienzas a trabajar y descubres de nuevo que no tienes ni idea de medicina; lo que te cuentan los pacientes no se parece en nada a lo que habías estudiado en los libros, las enfermedades no son como te las describían en la carrera, con sus signos y síntomas perfectamente definidos, sus diagnósticos tan precisos y sus tratamientos tan eficaces; luego están las guardias de 24 horas, un día entero encerrado en el hospital, comiendo y cenando apresurado y siempre dando vueltas en la cabeza al último paciente que has visto: ¿le he preguntado si dormía con dificultad? ¿Qué tensión tenía? ¿Le he puesto el analgésico? Y si tienes suerte durmiendo 2 ó 3 horas, y al día siguiente en muchos casos teniendo que volver al servicio por donde estás rotando para pasar planta antes de poder irte a casa como un zombie y poder descansar de semejante día.

Todo esto durante 3, 4 ó 5 años en dependiendo de la especialidad escogida, durante los cuales te preguntas en muchas ocasiones si realmente valgo para esto, si merece la pena tanto sacrificio, tantos

años invertidos para llegar hasta aquí, y es de nuevo cuando hay que recurrir a la vocación para entender por qué seguimos adelante en esta auténtica carrera de obstáculos que es llegar a ser médico.

Llegamos ya al final de la residencia, situación en la que me encuentro yo ahora mismo, que origina una sensación agrídulce, porque acabas tu periodo de formación y al paro; sí, te quedan sustituciones de verano, navidades, o te puedes marchar fuera de tu comunidad o incluso al extranjero, pero esto ya es otro tema que dejaremos para otro día. Y por otra parte hemos superado todas las

guardias, los rotatorios, algunos de ellos interminables y otros en cambio demasiado cortos; hemos asistido a congresos, hemos intentado publicar lo máximo posible para mejorar nuestro currículum, hemos atendido cientos de pacientes, y por fin, lo más importante de todo, lo que llevamos buscando desde que comenzamos con 17-18 años, hemos aprendido algo de lo que es la medicina, la ciencia menos científica de

todas, no la de los libros, sino la de la vida diaria, la del enfermo con sus problemas, que deposita toda su confianza en ti para que le intentes curar o por lo menos le alivies su sufrimiento. Y cuando lo consigues y ves que el enfermo mejora o se va con una sonrisa en los labios y te agradece tu ayuda, es entonces cuando te sientes bien contigo mismo, y sientes algo en tu interior que compensa todo lo que has sufrido para llegar hasta aquí; muchos sinsabores pero también muchas satisfacciones. Y es cuando realmente te das cuenta de que has llegado donde estás ahora, porque hay algo en tu interior que a veces has dudado que estuviera, pero sin lo cual no hubieras superado todas las adversidades que se han ido presentando, que siempre ha estado en los momentos difíciles para animarte a seguir adelante y que ahora reconoces en toda su magnitud: la vocación de ser médico.

